

EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

ROMULO GALLEGOS: LA REALIDAD, LA FICCION, EL SIMBOLO
(Un estudio del momento primero de la escritura galleguiana)

Por RAFAEL FAUQUIÉ BESCÓS

Venezuela surge de una larga y cruel guerra de independencia arruinada, diezmada. Costo enorme que hubo de pagar el país, pequeña Capitanía General que resultó ser uno de los más duramente golpeados por la violencia de la Gesta Emancipadora frente a España. Tras la independencia será la tarea de asignarse un modelo político sobre el cual erigir las bases del nuevo estado nacional. El ejemplo inspirador serán los ideales de la Revolución Francesa y el sistema parlamentario inglés. Modelos que no tardarán en revelarse como absolutamente inaplicables, entelequias. En palabras, por ejemplo, de Juan Vicente González: “Las ideas liberales no habían podido extenderse y prevalecer en un país sin imprenta ni educación primaria. Impacientes las poblaciones de los sufrimientos a que las sujetaban las circunstancias, odiaron una libertad cortejada por la miseria y la guerra” (p. 10).

El sistema de partidos —conservadores y liberales— en la práctica significó la instauración del personalismo como modalidad política inalterable; éste se impuso por encima de cualquier otra forma de convivencia política en una relación que prolonga su vigencia por un siglo entero.

Anarquizada, convulsa; Venezuela comienza a ser contemplada por los grupos pensantes del país como un gran proyecto fallido: deforme construcción que según todas las trazas, jamás podría alcanzar su recuperación. Se concluyó por instaurar, casi como visión dominante entre esos grupos intelectuales la negación de una especificidad nacional que parecía incapaz de generar otra cosa que no fuera la miseria y el caos. El pesimismo de las clases dominantes, se proyectará en un constante malestar como actitud y en la condena como respuesta: signos, ambos, de una visión, a la larga, convertida en estereotipo: el país repudiable. En palabras de Germán Carrera Damas: “Después de casi medio siglo de incesante diagnosticar los males de la sociedad venezolana (...) fue ganando la conciencia de la clase dominante la convicción de que no era posible encontrar una salida basándose en las solas fuerzas y recursos de la sociedad venezolana” (p. 31).

Durante los 27 años de la dictadura gomecista, el largo paréntesis de guerras intestinas y atraso económico parece concluir. El fenómeno petrolero comienza, incipientemente, a transformar la faz de Venezuela. En el interés de las naciones desarrolladas por el recién descubierto petróleo se generará el impulso que logra introducir al empobrecido país rural y semifeudal en el siglo xx. En otros términos: la modernidad venezolana luce la vital consecuencia de la expansión del capital internacional. Otra vez en palabras del historiador Carrera Damas: “La articulación plena de la sociedad implantada venezolana con el sistema capitalista mundial se produce por efecto de la aparición de un factor dinámico suscitado desde fuera, el petróleo, que estimula la reanudación del proceso de implantación virtualmente detenido desde fines del siglo xviii (. . .). Las ciudades tienden a salir de su estancamiento, mediante la puesta en marcha, por acción directa o estímulo, de un acelerado proceso de formación de infraestructura que dota al estado venezolano, por primera vez en su historia, de los medios de hacerse nacional en el sentido de su cobertura” (pp. 46-7).

La prosperidad petrolera significará, infraestructuralmente, la fundación de nuevos centros de población, la llegada a las más apartadas provincias de luz eléctrica, telégrafo, carreteras. . . Socialmente, el petróleo significó profundas alteraciones en la fisonomía y correlación de los grupos tradicionales de la sociedad venezolana: se debilitaron algunos sectores mientras otros se fortalecían y aparecían otros nuevos (p. 49). Los grupos medios se distancian cada vez más de los viejos sectores dominantes, para pasar a identificarse ideológicamente con las masas populares. En los sucesos del año 28 en contra del gomecismo parece iniciarse lo que se anuncia como fenómeno irreversible: la dirección del concierto político venezolano en manos de la burguesía intelectual urbana. Los valores de la clase media se convierten en los valores de la mayor parte de la moderna sociedad venezolana. Federico Brito Figueroa dirá: “En términos de psicología profunda: si pequeña burguesa es la categoría rectora, pequeña burguesa es la mentalidad de (. . .) las primeras generaciones proletarias. Esta es la razón del éxito de la “antigua clase media venezolana”. Si esa antigua clase media entendía su supervivencia en la necesaria mimesis de los grupos hegemónicos, ahora, en su fortalecimiento, se produce una inversión de alianzas “naturales”: los grupos medios se distancian de los viejos sectores dominantes para identificarse (en sus anhelos de igualdad social y auténtica participación democrática) con las masas populares. De muchas maneras, la obra primera de Gallegos expresa el sentido de esos cambios. Así, lo popular, inicialmente contemplado con reticencia —caso *Reinaldo Solar*— se define luego como necesario factor de autenticidad y confianza en el descubrimiento de nuevos perfiles de lo nacional —caso *Pataruco* y *La Trepadora*— ¿caso la significación de esas transformaciones no se explicaría, en gran medida, en tanto consecuencia de una nueva lucidez por parte de la pequeña burguesía intelectual frente a su rol histórico y frente a las nuevas alianzas dentro del espectro social? (p. 58).

En muchos sentidos, el positivismo, tal como él funcionó en tanto instrumental de explicación sociológica, luce emparentado al viejo malestar existente entre nuestras élites pensantes frente al deterioro social, político y económico del país tras la independencia. Positivismo como sincretismo: de un lado el esfuerzo

por entender la peculiaridad de nuestro proceso histórico; del otro, la proposición concreta de soluciones. El libro de Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*, ilustra el proceso a la perfección: junto a la explicación de la historia, la claudicación ante un determinismo aceptado, casi, de una manera fatalista: la única solución para el “país repudiable” es su conducción política en manos de un hombre —césar carismático— que acabe de una vez y para siempre con la anarquía.

Algunos de estos aspectos estarán presentes en los primeros escritos de Gallegos: los publicados en la revista *La Alborada* en el año de 1909. Determinismos raciales, progreso a partir de la educación y el esfuerzo coactivo son esquemas perfectamente afines tanto a los “positivistas del gomecismo” como a Rómulo Gallegos. En los quince artículos que Gallegos escribe en *La Alborada* se plantea, al igual que hace Vallenilla Lanz en su *Cesarismo democrático*, el diagnóstico sucedido luego por la receta sanadora; el país puede rescatarse merced a una educación “formadora” y a la creación de nuevos partidos políticos definitivamente apartados del personalismo. *La Alborada* debe verse próxima tanto a formas de un positivismo epigonal como a realidades políticas muy posteriores. De un lado, Gallegos insistirá en la influencia de factores ambientales y raciales sobre el acontecer nacional; del otro, se planteará la necesidad de ideologizar a las masas populares —educarlas en el más absoluto sentido del término— para desarrollar en ellas la madurez política que haga posible la vida democrática. Educación, democracia: educación para la democracia. Tal es el juego final, conclusivo, de los diferentes esbozos galleguianos en *La Alborada*. Génesis de una renovación política adherida a perspectivas abiertas ante el porvenir venezolano —perspectivas que, sin embargo, no soslayan emparentamientos con agonizantes realidades sociales; es el caso de la privilegiada significación que Gallegos asigna a los grupos tradicionales, emporio de una dignidad “natural” necesariamente preservable— Existen coincidencias de fondo entre las proposiciones de Gallegos de utilizar la educación como vehículo natural en la formación política de las masas y los señalamientos planteados por Rómulo Betancourt sobre la necesidad de educar políticamente al pueblo venezolano. En una de sus cartas, escritas durante el primer exilio, Betancourt dirá (y no hay que olvidar que estamos ya en 1931): “Hasta ahora, esta labor, dentro de Venezuela de difundir la educación política en las masas no se había intentado. En posesión de ella, ya no es tan fácil que se vayan embobados detrás del machete triunfante. . .”. De igual manera, en el *Plan de Barranquilla* (1931) Betancourt repite la idea: “Nuestra revolución debe ser social y no meramente política (. . .) educación popular intensiva (. . .) lucha abierta contra los vicios que minan la contextura moral y física de nuestros hombres son conquistas primordiales, inaplazables, sin las cuales nuestra próxima revolución será una de las “clásicas danzas de espadas venezolanas, sin trascendentales repercusiones en el organismo social” (pp. 120-1).

Necesidad de valores culturales (El Cojo Ilustrado, 1912)

Desarrolla nuevos temas, diferentes perspectivas frente a lo social y lo político. Ahora lo que interesa a Gallegos es plantear soluciones. Educación para la

democracia y partidos políticos renovados se emparentan, en 1912, a una sola idea: un partido político formado por intelectuales. A juicio de Gallegos, fortaleciendo al sector intelectual se fortalecen las posibilidades de triunfo de la civilización; lo que es lo mismo: el país abandonará, irreversiblemente, el esquema de la barbarie para penetrar definitivamente en la natural evolución hacia un momento superior. Sin embargo, la conducción política puede comprometerse si el intelectual pierde de vista el único impulso que justifica su entrega: el ideal. Sin idealismo, el intelectual puede corromperse: convertirse en “plumario”: un secretario más al servicio de cualquier amo y entregado a cualquier causa.

Otro aspecto interesante en *Necesidad...*, drásticamente distante de las posiciones de *La Alborada*, es la conceptualización de la Barbarie. Ahora para Gallegos barbarie significa vitalidad; no rémora: potencialidad. Ella encubre una de nuestras realidades esenciales —tan duramente enjuiciada en *La Alborada*—: el mestizaje. La fusión racial es en *Necesidad...* privilegiada arista de una fundamental vitalidad: reconciliación fértil de disparidades: “América es juventud y renovación del mundo de cuya madurez tantos prodigios se esperan, en cuyos términos se desvanece el prejuicio de las razas, se funden y remozan las antiguas y surge una nueva, dando traspies porque apenas empieza a andar y tanteando rumbos, pero segura ya de su fuerza y con fe de su destino”.

En *Necesidad...* Gallegos rompe definitivamente con esquemas positivistas identificadores de la civilización a partir del simple progreso material, y objetiviza en la madurez política de la colectividad el factor de cualquier forma de progreso material. En otros términos sólo en la plena participación de los diferentes sectores de la vida nacional se encuentra la sustentación de todo proyecto auténticamente civilizado: “civilización es disciplina social: conciencia social, ideas sociales”.

Llama la atención la considerable distancia cronológica que separa algunas de estas conclusiones con otras homólogas en el terreno de la ficción. Así, por ejemplo, la visión optimista en torno al mestizaje, deberá aguardar hasta 1925 para cobrar cuerpo trasladada a la fantasía narrativa en *La trepadora*.

La ficción como la continuación del concepto: los cuentos

Los cuentos se afirman como perfecto ejemplo de una transición entre concepto y ficción; los relatos continúan a los artículos y preceden a las novelas. Su esencia es genesiaca. La palabra ficcional se yergue como respuesta primera a una reflexión que busca en la comunicación, en el diálogo con un público lector, la expresión de una propia lucidez ante su tiempo. La fantasía narrativa se convierte en una *eficaz simbolización de la percepción de un entorno*.

Gallegos comenzará por asumir el mundo a partir de parámetros simples y homogéneos: de un lado el bien; del otro, el mal. Sus símbolos son, inicialmente, al menos, esquemáticos, rígidos. Los temas de la voluntad —dualidad de voluntades permanentemente enfrentadas—, el ideal como insoslayable necesidad espiritual, la civilización opuesta en irreductible lucha a la barbarie, y, por último,

la decadencia de las élites tradicionales, son constantes que tanto los cuentos como las novelas repetirán incesantemente una y otra vez.

La mayoría de los cuentos erigen sus temáticas a partir del pesimismo. Ellos desarrollan, dispersos, signos de un deterioro y fracaso nacionales. Cuando el relato *La liberación*, supedita de una manera tan drástica al civilizado Fariña del bárbaro Branto, Gallegos no hace sino expresar una dolorosa convicción: la fuerza es el único atributo posible en un medio primitivo.

"Reinaldo Solar" (escrito entre 1911-1913; publicado en 1920)

Reinaldo Solar maneja como tesis la idea de una incapacidad nacional total. El pueblo venezolano es un pueblo enfermo: todo en él luce producto de disfunciones y tradicionales errores. "Estos entusiasmos míos, seguidos inevitablemente de abandonos totales" es una frase que pronuncia Reinaldo en un momento determinado. Ella, al definirlo, ilumina una realidad que trasciende al personaje: Venezuela toda es producto de la incapacidad, consecuencia de lo errático. Reinaldo luce la caracterización protagónica de un concepto: el venezolano ha sido siempre un desorientado. Encarnado el postulado, Reinaldo esencializa el trastorno nacional. La idea de fracaso como plenitud alude a la voluntad de Gallegos por erigir su novela a la sombra de un universo cerrado. La conclusión a una escritura que edifica sobre la condena su totalidad expresiva traduce la negación hacia el país total: a su incapacidad para superar insoslayables determinismos.

Reinaldo Solar es, sin duda, la novela de Gallegos que más duramente testimonia de la frustración de un tiempo. El héroe se colectiviza y termina por erigirse en el arquetipo de la impotencia y la derrota.

A pesar de que Gallegos en sus artículos de *La Alborada* asignaba a la tradición privilegios naturales, su primera novela proyecta la idea contraria: la a-historicidad de las viejas castas venezolanas. Sin embargo, la decadencia del "viejo orden" —conservador: pervivencia del mantuanaje— en modo alguno válida la forma de nuevas dominaciones de signo netamente popular; tal la conclusión de la novela en este punto. La idea es contundente: viejos y nuevos "órdenes" se asemejan en un mismo aspecto común: la fatalidad.

El forastero (versión de 1922)

Si algo caracteriza esta primera versión de *El forastero* es la objetividad de su intención acusadora, de su argumentación directa en contra de un estado de cosas muy concreto: la barbarie caudillesca, y, más específicamente, el ya entronizado gomecismo.

Las miradas iniciales de *El forastero* sobre el país son terribles: ellas expresan un patético menosprecio hacia ese atrasado Portillo desdoblado en nación: "—¡Aquello se acabó! ¡No hay hombres! ¡No pueden haberlos! ¡Es un pueblo donde no se piensa desde hace más de veinte años! Sólo los bandidos pueden

vivir allí. ¡Ellos son los amos! ¡Los bandoleros, y a la sombra de ellos los pícaros, los miserables! (...) allí no se puede pensar en alta voz (...) Ya en El Portillo no se puede vivir". Sin embargo, poco a poco, la escritura va proyectando un sentido contrario a esa idea primera. La novela termina por afirmarse en la convicción de que el pueblo venezolano sí está preparado para una reacción vital que transforme la tradicional realidad del país.

Ocho años separan *El forastero* de *Reinaldo Solar*. Ese tiempo asigna diferencias. Ahora, en los inicios de la segunda década del siglo, Gallegos expresa por vez primera su fe en lo popular, la confianza en la potencialidad de las masas para, definitivamente, erradicar el mal nacional: la barbarie caudillesca.

La simbología de *El Forastero* se erige sobre esa idea de triunfo final: profesión de fe sobre la que el texto apoya su argumentación. La voluntad de individuos elegidos, la reacción constructiva de las masas, la debilidad interna del mal son los signos sobre los que *El forastero* sustenta el sentido de su esperanzador final.

La trepadora (1925) es el muestrario de una nueva opción: la confianza; en la historia, en el porvenir. La trama de la novela es síntesis conciliatoria. Viejas y nuevas estirpes: de su fusión surge, fuerte, vigoroso, un nuevo símbolo: el mestizaje "trepador".

Desde sus primeras páginas, *La trepadora* reproduce, constante, un juego de relaciones: de un lado, serán la acción y la ausencia de tradición unidas en la formación de uno de los modelos —Hilario Guanipa: el mestizo—; del otro, la debilidad y el peso de una tradición excesivamente "moldeadora" erigiendo el modelo opuesto. Así, partiendo de naturalezas enfrentadas, *La trepadora* desarrolla todo el juego argumental. Sin ser maniquea, la novela postula la presencia de irreductibles extremos en conflicto —de un lado, los "barbudos": salvajes, símbolo de una barbarie "insalvable"; frente a ellos: los Alcoy, imagen de una civilización decadente—. Ante esos extremos se encuentran, como antítesis positivas, los paradigmas de la novela: Victoria y Nicolás. Oposiciones que sitúan la búsqueda del texto: definir la venezolanidad en sus rasgos connaturales: coincidencia general de esencias disímiles.

La unión de Nicolás y Victoria representa la superación de viejos y contradictorios extremos. Trascendido a otro nivel representativo, podría decirse que el sentimiento de los jóvenes es la optimista encarnación de un instante que emerge por sobre las contradicciones del pasado: anuncio de un porvenir mejor. Así, Gallegos escoge la reconciliación —unión de sangres entre clases diferentes— como representación de su nueva propuesta: la venezolanidad como afirmación y positividad. El mismo Rómulo Gallegos lo afirma abiertamente: "*La trepadora* es mi primer libro optimista y estoy satisfecho de haber dado ese carácter: lo reclamaba, además, la naturaleza de las cosas: *La trepadora* es ansia de mejoramiento y, por lo tanto, implica confianza en el porvenir. Hasta ahora nuestra historia ha sido amarga y desesperanzada, pero creo que ya es tiempo de amar y confiar un poco". Así, frente a una visión tradicional que impuso el pesimismo como constante representación temática o referencial, contra una visión conde-

natoria y/o escéptica —de la que el mismo Gallegos inicialmente participó—, *La trepadora*, en el signo y las perspectivas de su solución, parece anunciar el tiempo de una realidad que anuncia nuevos proyectos sociales, diferentes valores. Modernidad, en una palabra, anunciada en las palabras de Nicolás del Casal: “Mi lema es esta ecuación algebraica: cero igual a infinito. Es decir: en el principio sólo mis brazos y mis conocimientos; en el término, allá muy lejos, quizá la esperanza y la confianza que son infinitos”.

La obra de Gallegos y la tradición literaria venezolana (discurso e historia)

El texto literario es históricamente representativo. La escritura no se produce aisladamente —esto es, al margen de contextos culturales o sociales—; por el contrario, el hecho de que lo literario *signifique*, supone la existencia de todo un sustrato previo que “identifica” la escritura.

Los textos literarios van tejiendo una suerte de código: estereotipos en los que la sociedad se reconoce. Cada texto, en su propio espacio, contribuye a integrar una tradición: suerte de representatividad referencial. En la relación —orgánica, vital— con su entorno, lo literario dibuja una suerte de construcción coherente a la larga, convertida en modelo representativo: referencia ejemplar sobre o contra la cual el autor actúa. Así, las formas literarias preexistentes son, en muchos sentidos, el punto de partida del novelista.

El criollismo narrativo en Venezuela nace un poco a la sombra del artículo de costumbres. El ensayo costumbrista resultará ser, por sobre todo, pintura viva de la pequeña historia, de los hechos de la actualidad cotidiana. Los temas costumbristas se extraen de lo más sugerente y representativo del entorno social. El texto literario se emparenta con su referente en una relación de íntima causalidad; correspondencia sometida casi siempre a un signo conflictivo. Proceso cíclico que, incesante, se repite: frente al descubrimiento, el rechazo; tras el análisis, el cuestionamiento. La narrativa venezolana de entre-siglos instauro el repudio como visión constante; y ese malestar termina por convertirse en “actitud”, en “modelo”.

El criollismo cumple en Venezuela, en la historia de su cultura, un papel “instituyente”. El es el encargado de “hacer hablar” a un referente nacional aún mudo. Los textos literarios comienzan a otorgar a ese referente una voz. La escritura, el discurso, fija un testimonio; documenta una visión de la historia. Se objetiviza permanentemente el rechazo hacia un entorno contemplado como la degradación de un pasado magnificado. Se rotula de “decadente” a todo aquello que sea novedoso. La pérdida de las tradiciones pareciera ser la principal culpable del deterioro nacional. A esta conclusión llegamos tras la lectura de textos de autores como Miguel Eduardo Pardo, Manuel Díaz Rodríguez, Blanco Fombona, José Rafael Pocaterra. En todos ellos, coincide una misma perspectiva: la pérdida de los “viejos valores” supone la decadencia fatal del país.

Desde los inicios del criollismo esta actitud parecía originarse en el hecho de que la mayoría de los escritores venezolanos pertenecía a los viejos sectores he-

gemónicos; lo que situaba el malestar como la consecuencia de naturales incomodidades de grupos en trance de ser desplazados por otros. El discurso literario mediatizaba, así, la clara hostilidad de los narradores por todo aquello que significase transformación de viejos esquemas.

Los temas, irreductibles, se perpetúan. Frente a la idoneidad de los viejos grupos —terratenientes conservadores— la incapacidad de los nuevos —burguesía comercial liberal—; frente a la dignidad de la vida en el campo o la hacienda, la degeneración de la ciudad corrompida y corruptora; frente a la grandeza del pasado, la miseria del presente. La transformación que dentro de estos esquemas significó la opción galleguiana —establecida a partir de los inicios de la década de los 20; más exactamente: hacia 1919 con la publicación de *Pataruco*— supondrá la instauración de nuevas actitudes, la irreversible afirmación de diferentes valores. Así, la ausencia de pasado dejará de ser un estigma para convertirse en potencialidad y desentramamiento. El ideal de una burguesía emprendedora y activa proyectada hacia el porvenir y apoyada sólo en su propia capacidad, será el nuevo esquema arquetipal que contradiga la vieja simbología de personajes negadores de su presente y añoradores de un pasado más digno. La idea de Gallegos es que los comportamientos humanos resultan validados por la circunstancialidad histórica. Hilario Guanipa se convierte, así, en el simbólico reverso de la siempre vilipendiada barbarie. El primitivismo no necesariamente es un lastre; bien encaminado, él puede erigirse en vitalidad y fuerza impulsora. El “hombre de presa”, símbolo de una venezolanidad argumentada sobre la acción y la violencia, muestra así, por vez primera, la vertiente positiva de su razón de ser.

Conclusión

Entre 1919 y 1922 se gesta un cambio fundamental en la obra de Gallegos. Transformación que señala nuevos rumbos en los propósitos del novelista.

La causa de esa evolución resulta compleja, abordable a partir sólo de sugerencias y probabilidades: quizá hacia 1919, algunas mentes lúcidas como la de Gallegos intuyeron que el petróleo habría de cambiar definitivamente el perfil venezolano y asignaron a ese cambio presentado una imagen magnificada. Esas mismas mentes imaginaron que el factor petrolero y lo que él significaba —modernidad, progreso— incidiría en la desaparición definitiva del personalismo caudillesco que permanentemente había acompañado la vida política venezolana. *La trepadora*, escrita ya en 1925, señala otro matiz de la proposición: para que el país asimile adecuadamente esa modernidad que tardíamente llega, es necesario enfatizar en nuevos valores, erigir otra visión del país: de la historia, de sus símbolos. Es el turno de la clase media, del mestizo; en una palabra: del hombre emprendedor que, lejos de prejuicios y castrantes tradiciones rituales afirme su pujanza, su necesidad de acción.

Pasado, presente y futuro: tradición y porvenir coinciden en el momento de la consolidación del modelo narrativo galleguiano. Modelo que primero transitará por estereotipos instaurados por una tradición literario-ideológica —el país repudiable—, y, luego, proyectará él mismo sus estereotipos, sus propios códigos: porvenir como esperanza, presente como potencialidad.